

AFRICANIZACION PARTITOCRATICA

DURANTE mi primer viaje por el golfo de Biafra aprendí una lección indispensable para entender, cuando menos, por qué prenden con tanta facilidad los conflictos en el continente africano: las nacionalidades africanas son una creación colonialista. Pretendo explicar que las fronteras fueron marcadas en África por los colonialistas europeos, ingleses y franceses con preferencia. Y como la descolonización la hicieron los ultra-europeos, es decir, norteamericanos y rusos, con análogos pretensiones colonialistas, aunque altamente sofisticadas, el resultado ha sido igual de artificioso. Los grandes pueblos africanos fueron divididos por el impudor imperial del reparto.

La anterior alusión viene a cuento del mapa actual de los partidos en España y de la situación irremediable de crisis en que se debaten, trascendiéndola al Estado y a la Sociedad. El mapa partitocrático resultante de la liquidación apresurada, estúpida teorizante, imprudente, revanchista y emocional del franquismo, ofrece una ineluctable dimensión africana. En realidad, y de ahí bastantes de nuestros males irremontables, Suárez ha africanizado la presunción de una democracia en España. Un pensador liberal advirtió que la estabilidad de las democracias ha sido mayor en el mundo cuando son consecuencia del proceso de moderación de una dictadura, pues crecían sobre un sólido principio de autoridad del Estado. La madurez que muchos descubrieron con asombro en el pueblo español, no era más que eso: la impregnación ciudadana en un concepto enterizo del Estado. La alianza entre la frivolidad y el revanchismo, ha traído como consecuencia una situación análoga a la falsa democratización iniciada con la caída del general Primo de Rivera: la voladura de la autoridad del Estado y la indigencia de la clase política, transformaron velozmente la supuesta madurez del pueblo en delirante estallido de anarquía. Así pues, el principal y más brutal enemigo de una correcta instauración democrática en España, ha sido el antifranquismo. Ese antifranquismo puramente instintivo y salvaje, en el que se han confabulado los resentimientos de los ideólogos vencidos y los apresuramientos conversos de los oportunistas. Doy la razón a Julio Merino en su carta-denuncia a José Bugeda. Confirma Julio Merino, con sus preguntas lacerantes (¿qué ha sido de los hijos privilegiados de los jefes?), una conclusión de Juan Velarde, en su "libretilla" del día 14 de agosto: "Lo que vamos a ser es una manada de borregos conducidos por cuatro señoritos intelectuales de poca categoría".

La africanización del proceso democrático español ha sido también el resultado artificioso de un doble colonialismo: el político y el intelectual. Este último, tal y como lo describió Suffert. Los partidos políticos españoles no los hemos construido nosotros, sino las Embajadas y las Internacionales. Se han creado de manera artificial, por lo general con dinero extranjero y bajo presión exterior. Pero como los colonialistas ideológicos conocen al pueblo español casi tan mal como el esnobismo intelectual, los resultados son demenciales: el PCE no cubre el área que un partido comunista espontáneo debería tener en España; el PSOE no es en sentido estricto el socialismo; la UCD no posee un contorno específico; tampoco, por consecuencia de todos esos desajustes, A.P. es el partido nacional de gran peso que correspondería.

El PCE, en efecto, se ha corrido hacia la derecha en algunos aspectos oportunistas, restándole espacio propio al PSOE. El PSOE ha cubierto casi todo el espacio que en tiempos ocupó el Frente Popular, con daño para una clarificación marxista a su izquierda y una precisión socialdemocrática a su derecha. La socialdemocracia se ha atomizado entre el PSOE, la UCD y ese remeado extraño de viejo partido radical, que es el PSP, transformado en algo así como el Olimpo Intelectual de la izquierda. La UCD es un conglomerado de imperativo fascistoide, algo así como una super-CEDA en la que no solo han cabido los contrarios y lo anacrónico, igual que si se tratara de una chatarrería o una tienda de empeños, destruyendo además la posibilidad de una formación mayoritaria conservadora, fiel a la conciencia nacional y a sus valores tradicionales, y otra minoría conservadora más intelectualizada y con la debida petulancia europeísta. De ahí, el forzado y artificioso constreñimiento de Alianza Popular.

Una vez terminado el entusiasmo destructivo de lo anterior y llegada la hora de gobernar, la africanización partitocrática comienza a evidenciarse con dramatismo. Mientras las internacionales comienzan a comprender que han metido la pata y se encuentran con situaciones absurdas e imprevisibles a la hora de las previstas homologaciones, el fuego indígena hace hervir la olla, igual que en el interior de las fraudulentas nacionalidades africanas.

Determinados comunistas albergan la tentación de irse a la izquierda revolucionaria marxista, para reorganizarse en la ortodoxia; otros, mientras tanto, sueñan secretamente con pasarse al PSOE, para transformarlo en un comunismo renovado. A la izquierda marxista del PSOE, le gustaría formar un partido revolucionario en paralelo con el comunista, mientras Felipe y sus fieles se esfuerzan por generar la socialdemocracia que exigen desde Alemania y Venezuela. El ala radical del PSP desearía transformarse en el núcleo intelectual del PSOE y la derecha en el núcleo intelectual de una deseada socialdemocracia. Los socialdemócratas de Fernández Ordoñez sitúan con Boyer una cabeza de puente en la expectativa socialdemocrática del PSOE, mientras se entienden en secreto con el ala moderada del PSP. Suárez, que tiene vocación de dictador, querría ser al mismo tiempo el presidente de todos los partidos; pero reduce por el momento su opción a una duplicidad extenuante, entre la necesidad imperativa de simular un gran partido de centro y la pasión irrefrenable de arrebatarse a Felipe González y a Fernández Ordoñez el espacio socialdemócrata. Los liberales buscan una salida en la argucia de Pérez Escolar. Y los democristianos enloquecen, partidos en pluralidad de contradicciones y tentaciones. Todo ello sin contar las extravagancias autonomistas.

No intentemos buscar complicadas explicaciones a la crisis. Es la consecuencia de la africanización y, lógicamente, insuperable.